

# BOLETÍN

DE LA

## REAL SOCIEDAD VASCONGADA DE AMIGOS DEL PAÍS

(Delegada del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Guipúzcoa)

AÑO VII

CUADERNO 1.º

---

*Redacción y Administración:* MUSEO DE SAN TELMO - *San Sebastián*

---

### El cuarto centenario guipuzcoano de San Francisco de Borja

por

Fausto Arocena

Se celebra durante este año el cuarto centenario de la estancia de San Francisco de Borja en Guipúzcoa. Dicho así, suena a muy poco, porque una simple estancia no pasa de ser un episodio intrascendente en el curso de una vida.

Lo que se sabe, lo que está divulgado en torno a esa estancia, es aquello que captan los turistas en su visita al Santuario de Loyola: que allí celebró el Duque de Gandía su primera misa. Es esto verdad, pero es sólo una mínima parte de la verdad.

Porque San Francisco de Borja hizo en Guipúzcoa mucho más que esto. Aquí dejó el traje de pecador —dicho sea en forma de tropo— y se vistió el de religioso; aquí recibió las órdenes sagradas de mano de un obispo venido de Calahorra, a tenor de lo autorizado en un rescripto pontificio de que se hallaba provisto; aquí celebró también su primera misa cantada ante un concurso de gente insospechado; aquí, finalmente, dejó raíces duraderas, mediante el matrimonio de su hijo con la representante del linaje de Loyola. Por eso se dió la circunstancia relevante de que un Borja llegase a ostentar la coronela de las fuerzas militares guipuzcoanas. Todo eso se irá viendo por menor en las líneas que siguen.

Y todo eso es motivo suficiente para que la efemérides se haga



presente en este BOLETIN, siquiera sea de un modo sumario y sin entrar en las fuentes bibliográficas que otros habrán de aprovechar, entre ellas el epistolario de Borja.

*El mundo no tiene orejas para oír tal estampido*

Hay que tener en cuenta lo que representaba el Duque de Gandía en el mundo áulico para poder hacerse a la idea de la conmoción que había de producir en el ambiente la noticia de que se disponía a trocar los gregüescos por la sotana. Bien se hizo cargo de ello nuestro San Ignacio con aquel buen sentido que matizaba sus actos y sus palabras.

“Yo acepto a V. Sría por nuestro hermano —le decía al Duque— y como a tal le tendrá siempre mi alma aquel amor que se debe a quien con tanta liberalidad se entrega en la casa de Dios para en ella perfectamente servirle”. Esto le escribía a primeros de octubre de 1546, pero la perspicacia del Fundador no podía menos de detenerse en la reacción que había de producir en la corte la firme decisión del Duque y, para ir sobre pasos contados, hubo de añadir en la misma carta, al recomendar al candidato a novicio que se graduase en Gandía, que colacionase el grado “con mucho secreto por ahora (porque el mundo no tiene orejas para oír tal estampido) hasta que el tiempo y las ocasiones nos den, con el favor de Dios, entera libertad” (1). Ningún matiz psicológico escapaba a la portentosa antena registradora del autor de los Ejercicios.

*La fuga a Guipúzcoa*

Cumplió puntualmente Borja la recomendación de Ignacio y mantuvo en impenetrable sigilo sus intenciones. Pero rompióse el encanto en 1548 y en la corte pontificia con expresa anuencia del General de la Compañía, y entonces amanecieron las contrariedades que debería experimentar quien, contando con retirarse del mundo que tan obsequioso había sido con él, se encontraba con que se le “amenazaba” con la concesión de un capelo cardenalicio, que era lo último que en sus circunstancias desearía ambicionar.

Quedó espantado el todavía Duque de Gandía. Y, con la “complicidad” de Ignacio, no halló medio mejor que buscar remedio en la huida, como facineroso a quien siguen de cerca los corchetes de la Hermandad. Bien sabía Ignacio adónde dirigirle: en su Guipúzcoa

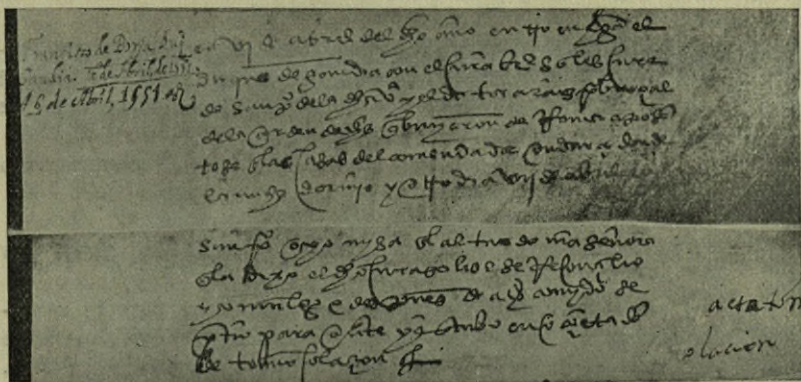
(1) Cartas de San Ignacio, t. I, p. 281.



había espesuras y retiros muy propicios para ocultarse un “delincuente” que huye de la prisión de los honores.

El 5 de abril de 1551, luego de haber abandonado Roma con el mayor sigilo en la noche del 4 de febrero, llegaba a Loyola el Duque para pasar luego a fijar su residencia en Oñate.

Y Guipúzcoa, en virtud de unos maravillosos imponderables, iba a ser, además de asilo seguro de la humildad acorralada, el escenario de la transformación de un Virrey, lleno de ostentación, en un mendicante jesuita, cargado de alforjas limosneras.



### *La desconcertante mutación*

Oñate registró en los protocolos del Escribano Lazarraga, aunque el instrumento partiese luego a tierras levantinas, la renuncia formal por parte del Duque de sus estados, rentas y títulos. Y allí mismo se rapó la barba y se metió en el saco de la sotana, apenas cubierta por las alforjas mendicantes.

No fué sólo un cambio de casaca lo que allí se produjo: donde había un título de Aragón surgió un jesuita y donde había un laico surgió un sacerdote. Todo eso se operó en virtud de un breve del Papa Julio III que autorizaba al de Borja a recibir las órdenes sagradas de mano de cualquier obispo que estaba en su poder elegir. El agraciado con la invitación del Duque fué el reverendísimo Gaona residente entonces en Calahorra. La Villa condal de Oñate y el día 23 de mayo de 1551 prestaron lugar y fecha al acto de la ordenación sacerdotal del que había sido Virrey de Cataluña. Bravo honor para Guipúzcoa.



Venga aquí ahora el sonsonete del siglo XVI. Trae con su ranciedad un regusto de época. Al lector ha de gustarle leer lo que el P. Manuel Sá, escribe en carta de 28 de mayo de 1551 (2). Dice así: "Su señoría se ha ordenado la Semana de Pentecostés, y recibió todas las órdenes en quatro días, las quatro menores el primer miércoles después de Pentecostés, y así consequenter hasta el sábado, que recibió las de sacerdote. Ordenóle el obispo Gaona, que vino aquí a eso solo, con el prouisor; y hízose con harta solemnidad, estando presentes los clérigos de la tierra, con los principales della y algunos collegiales, aquí en casa, en vna sala adonde suele S. Sia. oyr misa".

Se ve que, a pesar de las tenebrosas espesuras de nuestra Provincia, halló en ella el fugitivo un bello rincón en el que no faltó el cortejo de los estudiantes universitarios que vinieron al conjuro de la munificencia del Rmo. Mercado de Zuazola.

Oñate, en su ermita de Santa Magdalena, fué el campamento central de las operaciones estratégicas del gran santo.

#### *Andanzas apostólicas*

Pero no era el ya sacerdote jesuíta persona hecha para la convivencia cortesana de que venía saturado. Le ardían las ansias de apostolado. Y, a pesar de sus achaques, tomó querencia al púlpito. "El Padre —añade Sá en la misma carta— ha predicado después que vino, dos veces, una en la iglesia, de la qual escriuí a V. P. Ha estado después malo en la cama y purgado, y quiso el Señor se halló luego bueno, y ha tenido y tiene siempre ocupaciones, y obra el Señor mucho en su paternidad según sus grandes indisposiciones. Los días pasados le han llamado para que hiziese vnas pazes en vn lugar cerca de Vergara; y aunque la cosa, según dezían, estaua no en muy buenos términos, por ser sobre la muerte de vna muger, base por la gracia del Señor concertado con la idea de su paternidad, con mucha satisfacción de las partes y consolación de todos, porque era cosa que muchos sintían".

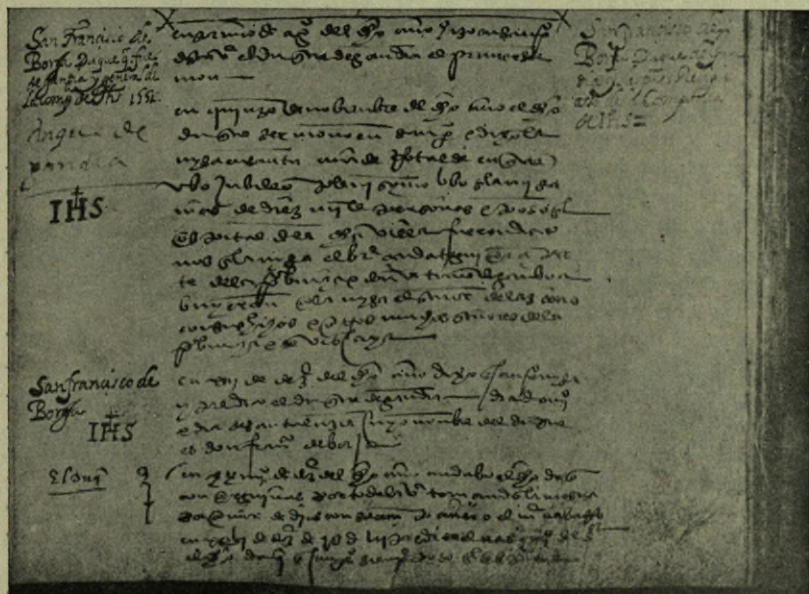
Además de buen componedor de un asunto que por las trazas se presentaba muy vidrioso, las ansias incontenibles de apostolado le impulsaban a subir al púlpito. Oñate y sus aldeaños fueron la zona de su combate apostólico. Cuando predicó en la vecina villa de Mondragón, como luego se verá, se fijaría en la leyenda que ya para entoncés se veía en el pasamos del púlpito con esta sabia adverten-

(2) *Monumenta Historica. Epistolae Mixtae*, II, IV, p. 552.



cia: "Diga poco y bueno". Que fuera bueno lo que dijera, no hay por qué ponerlo en duda; que fuera poco, sería para que lo sintieran quienes se veían subyugados por los dones carismáticos del santo.

Un biógrafo de éste recoge la especie de que aprendió no pocas frases en la lengua del país y que de ellas se servía en sus sermones. Si no está muy documentada la afirmación, no por eso debe rechazarse sistemáticamente, porque entraba muy dentro de lo verosímil ese aprendizaje de la lengua del país, tan recomendada por la Iglesia a sus ministros.



Ya le tenemos, por tanto, transformado de Virrey de Cataluña en humilde sotanado, "con su ropa y zapatos como vno de la Compañía", según expresión del P. Sá. Y con esa librea acudió a una fiesta que dieron los colegiales de Oñate, es decir, los universitarios de la fundación de don Rodrigo Mercado de Zuazola.

La nómina de los sermones predicados en Guipúzcoa por el Santo nos la da el P. Antonio Gou (3). "Primero domingo de agosto —dice—

(3) Monumenta... Epistolae Mixtae, II, IV, pág. 595.



predicó en Azpeytia, y día de Santo Domingo predicó en S. Sebastián, en el monasterio de los dominicos, haviéndoselo imbiado a rogar el prior de aquel monasterio. Nos dice después que predicó en Tolosa ante un gran concurso de gente y en Mondragón, donde, como se ha dicho, tendría ocasión de leer la leyenda que hemos citado y que no es anacrónico suponerla tallada por aquellas centurias.

*Un "diario" del Santo en Vergara*

Lo que sin duda constituyó el acontecimiento más sonado de la estancia de Borja en Guipúzcoa fué, aparte de su residencia regular en Oñate, su estancia en Vergara y particularmente la misa de jubileo que celebró ante una concurrencia posiblemente no alcanzada en nuestra provincia hasta ese día.

De esa estancia hay una relación en una carta del P. Benito Catalán (4) y una especie de diario en el libro de cuentas del Hospital de Vergara: Lo aprovechó mi ilustre maestro don Serapio Múgica (5), luego que le fué comunicado el hallazgo por el cultísimo abogado don Pedro de Zabala. Hemos de reproducir aquí las correspondientes fotocopias, porque no se ha de presentar mejor ocasión para orearlas que este cuarto centenario de la convivencia de San Francisco de Borja con nuestros antepasados.

Por esas notas del diarista venimos en conocimiento de que entró el Santo en Vergara el 4 de abril de 1551. Venía cortejado por el Padre Araoz, deudo de San Ignacio y personaje conspicuo en la Compañía e incluso en la corte, y por el Bachiller Solís. A éste le conoceríamos cumplidamente los operarios de la historia guipuzcoana, si resultase ser, como parece probable, el que firma la debatida partida de bautismo atribuida a Martín de Aguirre. Se acomodó el Santo en la casa del Comendador Ondarza y, tras de haber oído misa y comulgado en el altar de Nuestra Señora de la iglesia de San Pedro y de haber comido en la buena compañía de los predichos, partió para Oñate. Esto, como se ve, ocurría antes de la ordenación sacerdotal del Santo y se trae aquí un poco a contrapelo, porque nos interesa glosar en su cronológica sucesión el "diario" tan felizmente exhumado por el señor Zabala.

El anónimo vergarés registra en otra de sus notas que Vergara escuchó el primer sermón del Santo. "El primero de agosto del dicho año —dice— hizo en San Pedro desta villa el duque de Gandía el pri-

(4) *Monumenta... Epistolae Mixtae*, II, V, pág. 647.

(5) *Euskalerriaren-Alde*, XX, pág. 265.



mer sermón". Conste así en obsequio de Vergara, "siempre leal a la corona real".

### *El acontecimiento de Vergara*

No vemos mención nueva del de Borja hasta el 15 de noviembre en que se registra que el duque —los vergarese no querían enterarse de la renuncia del Santo a los títulos de este mundo— "sermonó en San Pedro e dixo la mysa en Santa Ana de Rotalde". Y aquí fué ella, porque, como hubo con tal ocasión jubileo plenísimo y la persona del duque movía también a jubileo, la concurrencia no se estimó en menos de diez mil personas". Para dar más color a la descripción, habremos de apelar al pincel del P. Catalán, quien nos cuenta (6) que "fué tanto el concurso de gente, de toda la tierra, que algunos eran venidos de más de diez leguas, y aunque la iglesia era hartó grande, fué forzado ir a dezir la misa en vna hermita al campo, y iua la gente con tanta devoción, que era de alabar a Dios;; que hasta los árboles estauan cargados de hombres y mo-chachos, y dizen que pasuan de diez y doze mil ánimas". Por su parte el diarista nos entera que fueron diáconos en la solemne misa el bachiller Zandategui, arcipreste de la provincia, y don Urtuno de Gamboa y que estuvieron presentes en la misa el Señor de Lazcano y otros graves señores de Guipúzcoa y Vizcaya.

Sabemos finalmente por las anotaciones del libro de cuentas del Hospital de Vergara —los hospitales eran sus hoteles— que Borja dijo misa y predicó en San Pedro el día de Santa Lucía y que asimismo el 26 de diciembre de 1551 (el documento dice por error 1152) "predicó el nacimiento del Señor el dicho duque en San Pedro". De esto nos da noticias del mayor interés el P. Miguel Ochoa, el mismo que en otros lugares se hace llamar Padre Navarro. Este, después de hablarnos (7) de las predicaciones del Santo en Mondragón y en Segura, nos manifiesta que "para la tercera dominica se fué a Vergara, para continuar el buen principio que allí está dado en la frequentación de las comuniones en los días de las procesiones, que es en la tercera dominica del mes; y así el Padre les predicó y les dixo hartas verdades...". Pero lo que da más valor al relato del P. Ochoa, por cuanto nos delata el buen sentido de la predicación de Borja, es la frase en que recoge la juiciosa opinión del Señor de Ozeta. "Fué un sermón —se lee en esa carta— que decía el Señor de Ozeta —léase Ozaeta—, que no había nada floreado en

(6) *Epistolae Mixtae*, II, V, pág. 652.

(7) *Litterae Quadrimestres*, I, IV, pág. 490.



él, sino que todo había sido agudo”. ¡Buena escuela de elocuencia la del ex duque de Gandía!

Como nota también de color o de matiz, debemos al *diario* de Vergara la noticia de que el día anterior a tan sabroso sermón “anduvo el duque con arguiñas —léase alforjas— por toda la villa, tomando limosna por amor de Dios con su compañero el Maestro Navarro”.

*Tras el alma de un Señor de Lazcano*

Don Felipe de Lazcano, el mismo que, según narra la historia, mereció ser apadrinado por Felipe I el Hermoso y por la Reina doña Juana, fué tocado por el impulso apostólico del Santo de Gandía que le sometió a “algunos pasos de ejercicios”. Figura por eso en la nómina de los ejercitantes que con tanta puntualidad describe el P. Iparraguirre en su “Práctica de los Ejercicios de San Ignacio en vida de su autor”. Pero del suceso nos da las más concretas noticias aquel Bachiller Solís a que antes hemos aludido y que ahora se nos ofrece transformado en P. Solís, lo que, a menos que mediara una salida de la vida religiosa, dificultaría su identificación con el bautizante de Martín de Aguirre. Este nos cuenta en carta de 1.º de marzo de 1552 (8): “Lo que se ofrece después que escribí a V. P. de la elección de hábito del Señor de Lazcano, que se hace llamar Felipe de Jesús, es que a los siete de éste vino a la hermita y estuvo en era cuatro días y el buen P. Francisco le dió algunos pasos de ejercicios, en los cuales se saboreó, y tuvo también compañía a su reverencia en Oñate con su hábito de la Compañía y concertado que en el Colegio de Oñate, digo en el nuestro— esta rectificación es para que se entienda que no había de ser en la Universidad— estudiaría su gramática”.

Con esto y con pocas cosas más dió el Santo por terminada su estancia en Guipúzcoa, que le había servido de asilo y de teatro de su transformación, de aquella transformación, que, en frase gráfica de San Ignacio, había de ser el estampido que hasta entonces no tenía el mundo órgano suficiente para escuchar sin daño.

Aún había de volver a Oñate, pero de esta segunda estancia hacemos gracia al lector.

*Guipúzcoa le había besado las manos*

No se puede decir que Guipúzcoa, representada en sus veneradas Juntas Generales, se hubiese precipitado en rendir honores al eximio personaje. Si tardó en mostrarse reverente al que ya no era más



que un humilde ensoñanado de la Compañía, suplió con tratamientos y con lujo de embajadores lo que, sin duda, no había sido una omisión involuntaria, sino una norma de conducta llena de ponderación.

Era que la Diputación, organismo provisorio entre Junta y Junta, no se creía suficientemente asistida para llevar la voz de la provincia en tan grave asunto, y lo había abandonado en manos de las Juntas que no se reunirían hasta la otoñada del mismo año de 1551.

Por eso leemos en las reunidas en noviembre de ese año, que se comisionaba a Juan Fernández de Izaguirre y Pedro Martínez de Oro, para que acudiesen a donde estaba el prócer, a quien a boca llena llamaban todavía Duque de Gandía, “a le besar las manos de parte de esta provincia con carta de ella (9).

*Se estrecha aún más la vinculación con Guipúzcoa*

Si tan unidos anduvieron en el servicio del gran Señor el vástago cadete de Loyola y el mayorazgo de Gandía, tenía que ocurrir humanamente que los vínculos de las familias por ellos representadas se estrechasen asimismo.

Un hijo de San Francisco Borja y una sobrina nieta de San Ignacio de Loyola se quisieron, como se quieren el hombre y la mujer, y desearon consagrar ese amor con la bendición de la Iglesia.

No pudo menos de interesarse a San Ignacio para que interviniese en los preliminares del casamiento. Pero aquí de la entereza del Santo guipuzcoano y aquí de la verdad de la renuncia que había hecho de los intereses mundanos. “Cuanto al negocio del casamiento —dice— (10) de que V. S. me escribe, es él de tal calidad, y tan ageno de mi profesión mínima, que yo tendría por cosa muy apartada della entremeterme en él”. ¡Buen sentido el de nuestro San Ignacio!

Pero esa actitud no fué obstáculo para que el matrimonio se realizara, vinculando aún más a Guipúzcoa la persona y la memoria de San Francisco de Borja. Este había recibido en nuestra tierra asilo contra los que le perseguían, “cabina” para mudarse de ropa y altar para celebrar su primera Misa. Su hijo había de encontrar novia en ella que le hiciera amable la vida y que le facilitara el honrosísimo título de Coronel de las fuerzas guipuzcoanas de guerra.

---

(9) Junta de Hernani, de 1551, Junta sexta.

(10) HENAO, *Antigüedades de Cantabria*, Tolosa, 1895, t. VII, pág. 37.